



AÑO II

← BARCELONA 16 DE JULIO DE 1883 →

NUM. 81



¡ABANDONADA! cuadro por L. Deschamps (presentado en la actual Exposición de París)

## SUMARIO

REVISTA DE MADRID.—NUESTROS GRABADOS.—EL BESO MORTUORIO, (*Conclusion*), por don Publio Hurtado.—LA FERIA DE SEVILLA, por don Benito Mas y Prat.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—REJAS ESPAÑOLAS, por don Francisco Giner de los Rios.

GRABADOS.—¡ABANDONADA! cuadro por Luis Deschamps.—ROPAVEJERAS JUDÍAS, cuadro por Ernestina Friedrichsen.—LA SEDUCCION, cuadro por L. Casanova.—UNA ADQUISICION COSTOSA, cuadro por W. J. Martens.—Lámina suelta: VÍCTOR HUGO.

## REVISTA DE MADRID

¡Qué calor!—Ensueños de frescura.—El corazón en la mano.—Carta á Su Majestad el cólera.—Lo que es Madrid.—El correo de la *Ilustracion artística*.

¡Uf!... Estamos derretidos.

El otro día sacaron de la tribuna pública del Congreso un hombre en estado de compota.

En la calle se agruparon alrededor de él varias personas.

—¿Es una masa de gelatina?—preguntó uno.

—No señor,—contestó un ujier del congreso,—es un aficionado al debate político.

La verdad es que no se pueden combinar ambas cosas so peligro de evaporarse.

Ambas cosas son:

El calor del debate; y el calor de la atmósfera.

Con una temperatura de *graduacion* extraordinaria y un sol que es verdaderamente lo que entre nosotros se llama «sol de justicia», no hay manera posible de entrar en relacion con los sucesos del día.

El revistero que desea estar á la altura de su mision, pide ideas á la cabeza, y el órgano del pensamiento le contesta demandándole baños y sorbetes.

Se establece una lucha singular rociada por regueros de sudor.

—¡Ea, corazón mio! no perdamos tiempo,—dice el revistero.—¡Vamos á trabajar! Recorramos las calles en busca de asuntos, oigamos el último eco de la semana.

—*Ecco il problema*,—contesta el interpelado con indolencia sibarítica.—¡Recorrer los sitios públicos bajo una lluvia de fuego! No en mis días. Yo no soy bombero, ni salamandra, ni cosa por el estilo... Déjame entregado á mi profunda siesta... Déjame que sueñe. Cuando has empezado á hablarme estaba recorriendo mentalmente las encantadoras y frescas playas, de finísima arena, arrulladas por las olas y por las brisas marinas. Penetraba en los bosques cuya misteriosa sombra convida á la meditacion y al descanso; trepaba por los montes coronados de nieve y me entretenía en ver los círculos que trazan las piedrecitas arrojadas en las tersas aguas de los lagos...

—Pero, dedícame siquiera unos momentos... ¡Mira! sé razonable; nos vestiremos de dril..., gastaremos quita sol.

—Quita... quita, que esto es muy cursi.

—Te compraré un abanico y haré que los poetas escriban en la tela versos en honor tuyo.

—¿Y crees que tendré aire más fresco despues del *do-naire* de los poetas?

—Pues ¿qué quieres?

—Nada... marcharme por los cerros de Ubeda.

—¡No seas cerril!

—¡No seas pesado! ¡Vaya, abur!

Y ¡zas!... tuve que coger el corazón al vuelo.

Escribo, pues, con el corazón en la mano.

\* \*

Pero... ¿sobre qué voy á escribir?

¡Ah! ya sé. Dirigiré una carta al cólera. Conviene agasajar un poco á los enemigos.

Empiezo:

*A Su Majestad el cólera morbo asiático:*

Funestísimo señor: Probablemente no habrá llegado á manos de V. el Censo de poblacion general de España que acaba de publicarse. Los editores suelen tener olvidos imperdonables. Mandan sus obras á quien no las necesita y excluyen de la atencion á los que más pueden aprovecharse de ellas. Sépalo V., por mi conducto: entre la península, islas adyacentes y posesiones del Norte de Africa, componemos un total de 16.634.345 habitantes.

Este censo, tremendísimo señor, es muy luminoso. Se ha dado á luz cuando ya Madrid poseía infinidad de lámparas eléctricas de gran potencia luminosa, establecidas miéntras que pensamos en las lámparas funerarias á que tal vez V. en sus rastrosos desgnios nos obligue.

Sí; nos acordamos de V. ¡y mucho! El nombre de cólera se halla en todas las bocas; y si V. no viajara cautelosamente de incógnito, vería con cuánta abundancia de plumas de alcanfor y qué bien pertrechados de láudano le recibíamos, dado caso que nuestra mala estrella le guie hasta esta capital de España que, sea dicho entre paréntesis, no le necesita.

El lujo asiático entra en nuestras costumbres: cada agente de bolsa se cree un nabab, y hay hortería del comercio que cuando sale los domingos con su ropa nueva, su puro en la boca y su aire conquistador, tiene todo el aspecto de un rajah de la India. Pero todavía no nos hemos determinado á dar carta de naturaleza á las enfermedades asiáticas nacidas en el sagrado rio del Ganges entre cocodrilo. Somos muy aficionados á las flores, pero tenemos el raro capricho de preferir á la flor del

Loto la lotería nacional que de vez en cuando toca á alguien—segun dicen,—aunque yo no lo creo.

En materias de rio nos reímos viendo al Manzanares que lame nuestros piés como perrillo faldero, y que arrastra partículas del Guadarrama, ese gigante que vela á cierta distancia de Madrid por la salubridad de los que lo habitan. Si ha oido V. decir lo contrario es que los maestros de geografía que V. haya tenido serán quizá algunos faquires muy versados en las cosas de Brahma, pero extremadamente zotes en cuestiones españolas. El Guadarrama no es un émulo de V.; mata de pulmonía algunas veces; es verdad: pero casi siempre hay que culpar más bien á la persona descuidada que sale de un baile ó de una orgía sin las precauciones debidas, que al monte que envia desde léjos sobre Madrid aires puros á guisa de sahumeros.

Ahora bien, mortífero señor; una vez que hemos sabido que usted, con toda su corte de calamidades, se hallaba en Egipto, nos hemos preguntado con ansiedad infinita:

—¿Se quedará ese impalpable destructor en el país de las momias ó vendrá desde las inmediaciones del canal de Suez á partirnos en canal á los europeos?

Si algo pudiera detener á usted en su terrible viaje, yo le comunicaria que por lo que toca á Madrid es la existencia tal cual azarosa.

¡Ni los concejales se entienden! La cuestion de las comisarías municipales da que hablar á todo el mundo, y es muy fácil que el presidente del Ayuntamiento Sr. Marqués de Urquijo tenga que hacer uso de la vara de mando que le regaló el Fomento de las Artes al recibir su investidura. ¡De modo que se expone V. á no llegar á tiempo de dejarnos tiesos y *envarados*!

Creo V., por otra parte, que no han tomado forma aún el melon ni la sandía destinados á matarnos.

Tenemos mucha higiene. Las procedencias de Egipto las miramos con prevencion y á distancia. Una sola cosa nos agrada: *El milagro de Egipto* del Sr. Echegaray, el cual, por si V. no lo sabe, le diré que sabe matar á la gente, sobre las tablas del teatro, con un arte y una sublimidad extraordinarias.

Por ahí podría V. aprender algo; pero, desgraciadamente, ahora están cerrados nuestros principales teatros. El arte dormita; gran parte de Madrid se dispone á salir por esos mundos de Dios en busca de los placeres hidroterápicos, y dentro de poco sólo quedaremos en la capital los que tenemos muy poco que perder, y aun eso poco lo exponemos diariamente con entereza espartana entre las ruedas de los infinitos tranvías de esta villa y corte de Madrid ó en las luchas homéricas que se entablan á cada paso entre los conductores de esos vehículos y los de los coches Rippert que les hacen una desaforada competencia.

Todo lo encontrará V. cerrado: las academias, el Congreso, las discusiones del Ateneo, la Universidad, y muchos establecimientos que se cierran—sin duda á impulsos del calor—por liquidacion forzosa.

¿Qué queda pues?

Un ejército de periodistas que le hacen á V. una guerra formidable. Yo no sé cómo saldria V. de entre las puntas de sus plumas de acero. Ellos, que destruyen reputaciones mal adquiridas y derriban ministerios, no dejarían á V. en paz ni un solo momento.

Contarian con pelos y señales las malas tretas que V. pusiera en juego, y le acosarian de tal modo, que si no es V. un Job, por más que se halle bien avenido con los estercoleros, tendria V. que marcharse á toda prisa á su *gangosa* cuna renegando de la sanidad europea, de la vigilancia especial que aquí se ejerce, de la prensa, de la publicidad, de la civilizacion y hasta (el cielo me perdone) del *Te Deum* que oiria V. entonar, de paso, en todas las poblaciones.

Por todas estas razones, yo le aconsejo, funestísimo señor, que no emprenda el viaje.

Creo V. á un buen amigo... de léjos; y si en algo desea V. premiar los buenos servicios, envíe la cruz del Elefante blanco, libre de miasmas, á su desinfectado conjurador que teme sus manos

*El revistero.*

\* \*

—¡Corazoncito mio! Abro la mano para darte rienda suelta. ¡Dime! ¿Cómo enviamos esta carta?

—¡Yo creo que el calor te entorpece! La cosa no puede ser más fácil. Ponle un sobre... ¡Así! ¡de luto! Y ahora... á la *Ilustracion artística*:

—¿Crees que llegará?

—¡Vaya! ¡La *Ilustracion artística* se lee en todas las partes del mundo!

PEDRO BOFILL

14 julio de 1883

## NUESTROS GRABADOS

## ¡ABANDONADA!

cuadro por Luis Deschamps

¡Pobre mujer! Si ha cometido una falta, harto duramente la expia.

Soñó en el amor terreno, y de esa rosa, que conceptuó inagostable, apenas percibió el aroma; pero en el corazón sintió la dura espina.

Fué madre, y un amor santo sustituyendo á un amor grosero, redimió á la pecadora, cuyo suplicio no fué por esto ménos horrible.

Ser madre y ocultar á todo el mundo este título augusto; ¿cabe dolor más agudo ó vergüenza que más deprima á los propios ojos?

No importa; esa mujer ha jurado cumplir su deber y lo cumplirá á todo trance. Enhorabuena ó enhoramala que el seductor infame la abandone y arroje al fango al inocente fruto de sus efímeras pasiones: la madre lo envolverá en el último jiron de su ropa y de su honra, y á costa de su salud, de su sangre, de su salvacion eterna si es menester, el hijo amado tendrá un nido, una cuna humilde, cabe la cual velará el ángel del arrepentimiento.

Este cuadro, uno de los que más han llamado la atencion en la última exposicion de París, tiene mucho que ver y aún más que considerar. Es una obra de arte y una leccion de moral. Su autor Luis Deschamps es un artista aventajado y puede estar orgulloso de ella.

ROPAVEJERAS JUDÍAS,  
cuadro por Ernestina Friedrichsen

Si el ropavejero es uno de esos industriales que suelen dar gato por liebre al inexperto comprador, ninguno manifiesta tanta destreza en ello como el judío, por cuanto desde sus más tiernos años recibe lecciones para hacer pasar por un objeto recién construido y flamante el que data de la época del rey que rabió, ó para vender como preciosidad arqueológica un mueble ó una prenda cuyo constructor vive todavía. Las muchachas de nuestro grabado, vigiladas por una Ester ó una Rebeca de edad proyecta, que divide su tiempo entre la lectura y la direccion del trabajo, arreglan y componen cuidadosamente una alfombra adquirida á bajo precio, pero que al salir de sus manos irá probablemente á adornar algun modesto salon, dejando ántes en manos de la israelita el pingüe beneficio que sólo los de su raza saben sacar por cualquier objeto. El asunto está tratado con soltura, las figuras bastante bien dibujadas, y el cuadro en su conjunto demuestra que Ernestina Friedrichsen posee dotes nada comunes de artista.

## LA SEDUCCION, cuadro por L. Casanova

Desde que el rey de los dioses dió el execrable ejemplo de descender del Olimpo en forma de doblones de la época, para captarse la buena voluntad de la señorita Danae, son innumerables los que en el juego de lo que ellos llaman amor arrastran siempre de oros.

El cuadro que hoy reproducimos es una prueba de ello. Concebido con singular acierto y tan bien ejecutado como concebido, el mérito principal del autor es la repugnancia que inspira ese viejo verde que oculta sus deshonradas canas y hace brillar á los ojos de una joven humilde las facetas de los diamantes y el tornasol de las perlas. Podrá la deslumbrada muchacha cerrar los ojos á la realidad, pero el espectador indiferente no los cerrará á la evidencia del hecho. Una víctima más de la liviandad y de la ambicion.

Es un drama que, de puro repetido, parece un sainete basado en la estafa de los tarugos.

Acto primero: *la seduccion*. La escena tiene lugar en una buhardilla.

Acto segundo: *el fausto*. La escena tiene lugar en una carretela que pasea por la Castellana.

Acto tercero: *el final de siempre*. La escena tiene lugar en la cátedra de diseccion de un santo hospital.

Y aún así, no se conoce escarmiento.

Alejandro de Macedonia lo habia dicho:

—No hay fortaleza inexpugnable si puede hacerse penetrar en ella una acémila cargada de oro.

UNA ADQUISICION COSTOSA,  
cuadro por W. J. Martens

¿Necesitaremos extendernos mucho en la descripcion de este grabado? Basta un ligero exámen del mismo, juntamente con el título que al pié lleva, para que nuestros lectores comprendan que se trata de dos aficionados á las bellas artes, con sus puntas y ribetes de arqueólogos, uno de los cuales muestra al otro, con la fruicion del que posee un objeto raro, la linda estatua cuya adquisicion le ha costado un regular desembolso. Las dos figuras que, aparte de otros sencillos accesorios, constituyen el cuadro, sobresalen por su naturalidad, la expresion de sus fisonomías revelan la atencion con que á fuer de inteligentes examinan el objeto adquirido; y, en suma, si el asunto y el dibujo no son cosa extraordinaria, por lo ménos recrean agradablemente la vista.

VÍCTOR HUGO

Pocos hombres, en la moderna época, han sido inscritos durante su vida en el libro de los inmortales. Lo más comun es que la apoteosis empiece cuando la existencia termina; la gloria no se posa generalmente sino es encima de los sepulcros.

Dos hombres, sin embargo, han sido en poco tiempo excepcion de esa regla dolorosa; Rossini y Víctor Hugo. Ambos han subido al Capitolio por su propio pié: el último de ellos permanece en él aún, ciñendo la corona de laurel que le han ofrecido dos generaciones, y también aquella otra corona que en uno de sus dramas comparó y puso por encima de la corona de los reyes, la corona de las canas.

Víctor Hugo es más que un poeta, es más que una per-

sonalidad, es más que un genio; es una escuela, es una revolución en literatura, como Rossini lo fué en música. Por esto ni en música ni en literatura ha igualado nadie sus triunfos, ni ha ejercido su influencia.

El autor de *Nuestra Señora de París*, de las *Orientales* y de *El Rey se divierte*, es el soberano del romanticismo que pudiéramos llamar de la raza latina. Antes que él habían roto las estrechas reglas de los eruditos Byron y Goethe, en obras inmortales, pero que jamás se popularizarán entre los pueblos del mediodía de Europa. España, Francia, Italia, nunca elegirán como modelo la poesía engendradora por el escepticismo, destinada á producir el vacío en el corazón y la horrible duda en la mente.

Victor Hugo fué el iniciador de aquella escuela que, á pesar de andar cada día un nuevo paso en la senda del progreso, no se desdeñaba de inspirarse en las ojivas de las góticas catedrales, en las arruinadas almenas de los feudales castillos y en los vacilantes claustros de los desiertos conventos. El gran maestro del romanticismo podrá no ser un ortodoxo, pero jamás ha sido ni querido ser un ateo. Aquel que no siente, aquel que no cree, podrá ser un gran filósofo, podrá ser un gran naturalista; pero de ningún modo será un gran poeta.

El autor de *Nuestra Señora* es la encarnación de Calderón de la Barca, engendrando al Duque de Rivas y á José Zorrilla.

EL BESO MORTUORIO

(Conclusion)

—Pero al que yo le vivo agradecido.

—¿Y es cierto—preguntó con mal disimulado interés un edil, el más joven de todos los reunidos,—que ha impresionado con sus homilias el corazón de la inocente Terencia?...

—¡Pcht! creo que no,—respondió el Legado, como quien trata de cortar una conversacion que no es de su agrado.

—Pues se asegura así por toda la ciudad,—insistió el terco sacerdote.

—No lo dudo; mas si os he de hablar con ingenuidad, os diré que hasta ignoro qué es lo que sobre tal particular piensa Terencia.

—O lo que es lo mismo,—continuó el jefe sacerdotal, —que consientes, con tu abandono, la perdición de tu hija.

—Eso no, ¡voto al Erebo! pero.

—¿Tu hija dicen?—interrumpió el tribuno.—¿Con que tienes una hija y nada me habías dicho?... Luego tú, el capuloso amigo de Tiberio, el escéptico recalcitrante en materia de virtud y de pudor mujerieles, el que pactó conmigo, bajo juramento, en las nocturnas fiestas de Flora y al resplandor de las hogueras de la calle Patriciana, no doblar la cerviz al insoportable yugo de Hime-neo, te convertiste á la odiada coyunda? ¿Has encontrado, por fin, una manzana sin gusano en el jardín de las Hespérides?...

—No, mi colega de juveniles desvarios. Por más que he cambiado bastante de modo de pensar desde que saboree las dulzuras del cariño filial, aún permanezco célibe.

—Entónces, ¿de qué procede tu paternidad?

—¡Ah! es una historia...

—¿Que contarás, sin duda, á tu antiguo camarada?...

—Como gustes.

Los concurrentes suspendieron sus diatribas y escucharon.

V

—¿Por qué lo he de ocultar? Mi juventud se deslizó por la corriente que la moda señalaba á los miembros de las familias patricias. Heredero de una de las más ilustres, mis dioses favoritos fueron el enibrante Baco y Vénus afrodita; y como jamás hice una ofrenda en los altares de la Prudencia ni del Buen consejo, la fortuna que heredé de los Terencios, se disipó como el humo. En las orgías que absorbían mis veladas, entablé amistosas relaciones con el hijastro del divino Octavio, quien al ceñir á su frente el laurel de oro, me nombró cuestor en Samaria, á fin de que reparase mi fortuna, que aunque jamás llegó á las de Lúculo ni Marco Antonio, montaba algunos millones de sestercios. ¿Quién podría enumerar mis eróticos devaneos? Uno solo os citaré, que bien pudiera hacer las glorias de cualquier amator: el que me inspiró Herodías, la bellísima esposa de Filipo, Tetrarca de la Traconita y la Batanea.—A pesar de mi experiencia en esa clase de achaques, aquella mujer me enloqueció. Su pasión era ardiente como los rayos de Júpiter, y acostumbrado al codicioso amor de las hijas del Tiber, me tenían admirado su delicadeza y desinterés. Una noche, al aparecer en su *cubiculo*, la sorprendí llorando, por no tener, según me manifestó, la suma necesaria para salvar un compromiso que pesaba sobre ella; y yo, que hubiera dado todas las rentas del Imperio por enjugar sus lágrimas, la pregunté cuánto necesitaba. La cantidad era respetable, pues no bajaba de cincuenta talentos (1), mas cerré los ojos, y apartándolos de las rentas del fisco, los ofrecí á sus piés. Entónces ofrecíome en garantía —¡admiraos!—una niña que criaba ocultamente, concebida y habida durante la permanencia de su esposo en Roma, á donde había acudido á arreglar la división de la

(1) Un millón de reales próximamente.

herencia de Herodes el Grande. ¿Quién era su padre?... Ocúltomelo, y aunque rehusé semejante prenda, ella me la hizo aceptar, como la cosa más querida de su alma sobre la tierra, so pena de tener que entregarme, por devolución, la suma que le había proporcionado. Con la niña me dió á su nodriza, haciéndome especialísimo encargo de ocultar al mundo entero tal contrato, al menos hasta que ella me devolviera los intereses recibidos. Y aquí teneis cómo de la manera más impensada, me hallé de la noche á la mañana con cuidados á que estaba bien ajeno. Hube de notar, á pesar mio, que desde aquella noche Herodías se mostraba conmigo menos expresiva: jamás me hablaba de su hija, y al recordársela yo alguna vez, me imponía silencio sobre tal particular, hasta que saldáramos cuentas. De pronto encontré cerrado el postigo que me franqueaba el paso á su camarín: traté de investigar la causa de aquel mudo é inmotivado rompimiento, y abordando indirectamente la cuestión, convencíme de que había sido engañado. Aquel amor que yo había juzgado puro y sincero, no había sido más que estudiada doblez: aquel rasgo de refinada delicadeza de darme en garantía del préstamo á un pedazo de sus entrañas, no implicaba otra cosa que una vergonzante y miserable venta. Temiendo las iras maritales, porque Filipo tornaba ya á su casa, había logrado, por otra parte, con semejante juego, alejar de sí el peligro á que la presencia de la inocente criatura la exponía. Por entónces los satélites de Herodes Antipas, Tetrarca de la Galilea, bullian por todas partes, y como de mí no tenían por qué recatarse, me revelaron que buscaban á una hija natural de su señor. ¡Oh incesto! Mi depositada era el fruto del punible ayuntamiento de Herodías con su cuñado. ¿Y mis talentos, para qué servían en tanto?... Para pagar un veneno activo, que quitase del medio al ya receloso Filipo, y facilitase la nefanda union de Herodías con Antipas. ¡A buen seguro que si éste no se hubiese enriquecido tanto, á costa del pueblo que regía, ó hubiese sido un simple particular, no se hubiese unido á él tan fácilmente la impúdica princesa, que no abrigaba más afectos que el de la ambición de mando y la avaricia de riquezas! Más de una vez me dieron intenciones de revelar el misterio al Tetrarca; pero dada la avaricia de éste, consideré que no habría de devolverme la cantidad prestada á su querida, y que me iba á ver, en cambio, privado de las caricias de aquella niña inocente y amorosa, que había logrado despertar en mi alma un afecto tan nuevo como grato para mí. Trasladado de la cuestura de Samaria á la de Roma, busqué ocasion de hablar á solas con Herodías, y me ofreció que en Roma, para donde en breve partiría con su esposo, cambiaríamos *nuestros intereses*. La astucia y la diplomacia de aquella arpía, casi me convencieron de nuevo de que podía abrigar sentimientos contrarios á los que todo el mundo, y yo el primero, le había atribuido. ¿Creeis que se presentó en Roma? ¡No por cierto! y por tanto yo, al rendir cuentas al Prefecto del Erario, tuve que abonarle los cincuenta talentos, que constituían todos mis ahorros, para no verme envuelto en un proceso. De este desfalco me indemnizaban con creces los halagos y la solicitud filial de mi joven hebrea, que había crecido tanto en belleza como en sentimientos nobles y delicados. ¡Creo que á haber sido hija mía, no la hubiese querido más que la quería! Viendo que mi edad maduraba, y que aquella hermosa niña parecía destinada por el cielo á endulzar mi soledad y mis achaques, la adopté *per as et libram* ante los comicios, haciéndola pasar al efecto, para salvar su cualidad de extranjera, por hija de unos antiguos servidores de mi casa, que moraban en un pueblito de la Campania.

VI

—Por el látigo de Belona que la historia es peregrina: solo falta que te dignes darme á conocer tu adoptada. Como recién llegado á esta ciudad, no he tenido ocasion... —dijo el tribuno.

—Voy á complacerte,—interrumpió el Legado, que poniéndose de pié desapareció tras las amplias colgaduras de un pórtico.

A poco estuvo de vuelta, trayendo de la mano á su hija, á la que seguía su nodriza Basemath, que convertida en aya luégo, no se separaba un instante de ella.

¡Cuánta juventud y cuánta hermosura!

Ni Fidias ni Zeuxis soñaron nunca tan ideal belleza.

El Pudor, enrojeciéndose sus mejillas y entornando sus garzos ojos, contribuía á realzar tantos encantos.

Blanca *stola*, de lana de Apulia, ceñida al talle por deslumbrante *zona*, ó ancho cinturón recamado de perlas: ondulante *palla*, también blanca, guarnecida de franjas de púrpura y oro, y prendida á sus hombros por caprichosas *fibulas*: sandalias de seda; brazaletes de oro en forma de serpientes; hilos de perlas en la garganta, y el deslumbrante *nimbus* ciñendo su frente y sujetando la abundosa cabellera, que dividida en apretadas trenzas le caían por la espalda, componían su vestido y su tocado.

Los comensales, poseidos de extática admiración, se levantaron á una de sus asientos, á la presencia de la joven.

—Tengo el honor de presentaros á mi carísima hija Terencia,—dijo Durmio Quadrato, no ya con satisfacción, sino hasta con orgullo.

Apénas había acabado de pronunciar estas palabras, de uno de los ángulos del salón se escaparon dos gritos comprimidos, pero intensos, profundos, dilacerantes.

Todos los caballeros tornaron la cabeza, y vieron un grupo de dos personas, acurrucadas en un rincón de la estancia.

Eran Sadoc y Abigail.

La presencia de aquellos séres extraños, haraposos é indiscretos, en aquel lugar y aquella ocasion, indignó á todos, y en especial al Legado, que ciego de cólera llamó á sus siervos.

—¡A ver!—les gritó:—¿quién ha permitido la entrada en este recinto á esos pordioseros?

—Señor,—se atrevió á contestar uno,—en tanta aglomeracion de gentes, se habrán deslizado á hurtadillas nuestras.

—Arrastradlos de aquí inmediatamente y entregadlos á los lictores, con órden mia de que no den paz á sus varas, hasta que hayan exhalado el último suspiro.

Los israelitas, por instinto de conservación, se resistieron inútilmente. Sin embargo, hubo brega ántes de sujetar á Sadoc; y en medio del barullo que se produjo, se oyó medio ahogada, sin que nadie hiciese alto en ella, la voz de Abigail que exclamaba:

—¡Cayo! ¡Berenice!... ¡salvadme!

No bien habían trasportado fuera del cenáculo á los audaces hebreos, un severo magistrado dijo al Legado:

—Adviértote, oh Durmio, que la ley Fufia prohíbe aplicar ninguna pena en dias festivos, y hoy lo es.

Este recuerdo hizo al advertido dar contraórden á sus subordinados, á los que mandó que condujesen á los ju-díos á las catacumbas.

VII

La decoración ha cambiado.

Al lúciente y confortable cenáculo ha substituído el lóbrego y mofético antro, destinado á receptáculo de criminales. El ambiente que en él se respira es acre y malo. Las paredes, llorando los crímenes de los que allí bajan, por sí en sus corazones se ha secado el venero de las lágrimas, chorrean un agua turbia y salitrosa. El pavimento es un lodazal: la luz un contrabando.

Un ruido estertóreo, que á la vez participa del rugido de la fiera y del gemido humano, turba su habitual silencio.

Es Sadoc que colérico solloza.

Abigail ni da señales de vida.

—Para el mundo he sido siempre el prototipo de los séres sin entrañas,—murmuró el israelita, dando momentánea tregua á sus gemidos;—mas á haberte conocido á ti, te hubiera atribuido tan triste primacia. ¿Porqué habré vivido tan en sombras? ¿Porqué ha penetrado tan tarde mi mirada en el pavoroso fondo de tu conciencia?... ¡Ah! ¡que Jehovah se apiade de tí, más que tú te apiadaste de las lágrimas de un padre y del destino de una hija!

No bien acababa de pronunciar estas palabras, abrióse la tortuosa puerta del calabozo, y aparecieron por ella Terencia y su aya, trayendo esta encendida en la mano una linterna de bronce.

—¡Salve, oh desdichados extranjeros!—dijo saludándolos la joven.

Los encarcelados se incorporaron, y Sadoc, con voz trémula, le preguntó:

—¿Eres, por ventura, ¡oh casta joven! el ángel tutelar de los afligidos, que vienes á consolarnos en nuestras postreras horas, ó la personificación de la Providencia, que llegas á vengar las acciones reprobadas en el último trance de la vida?

—¡Oh!—articuló Abigail, ocultando el rostro entre las manos.

—No,—respondió cándidamente Terencia:—soy solamente un sér que procura hacer llevaderas, en cuanto puede, las penas de sus semejantes. Un compatriota vuestro me ha enseñado á *amar al prójimo como á un hermano*, y vosotros, que sois prójimos míos, no rechazareis el parentesco.

—¡Dios de Israel!—balbuceó el hebreo estremeciéndose.

—En su virtud llevo á participaros que estais libres.

—¿Libres?...—repitieron con ansiedad los prisioneros.

—Libres, sí. Mis súplicas han alcanzado de mi amado padre, que es bueno como pocos, que olvidando vuestro atrevimiento, os devuelva la libertad, que yo vengo á proporcionaros por mi propia mano. Y como presumo que vuestros recursos serán escasos, os traigo estos cinco denarios, para que os ayudeis en vuestro viaje: tomad.

Y les alargó la mano, en cuyo hueco relucían las argentinas monedas.

—Permíteme ¡oh genio benéfico! que te haga una pregunta. Has dicho que tu padre nos ha devuelto la libertad. ¿Eres en realidad hija del Legado?—le preguntó Sadoc con angustia.

—Lo soy. ¿Qué te extraña?

—Dispénsame, pero efecto de mi indiscrecion, le he escuchado una historia, que me ha hecho llorar, acerca de tu filiacion. Tú no eres hija suya, más que por virtud de una ficcion legal.

—¿Y qué más da?... ¡No cambiaria yo esa ficcion por la realidad más halagüeña!

—Es que tus padres fueron de régia estirpe.

—Pero me vendieron como una esclava.

—¡Tu padre lo ignoró toda su vida!

—Mas empañó mi frente con el pecado, al engendrar-me.

—¿Los odias, pues?—preguntó el judío, trémulo, delirante.

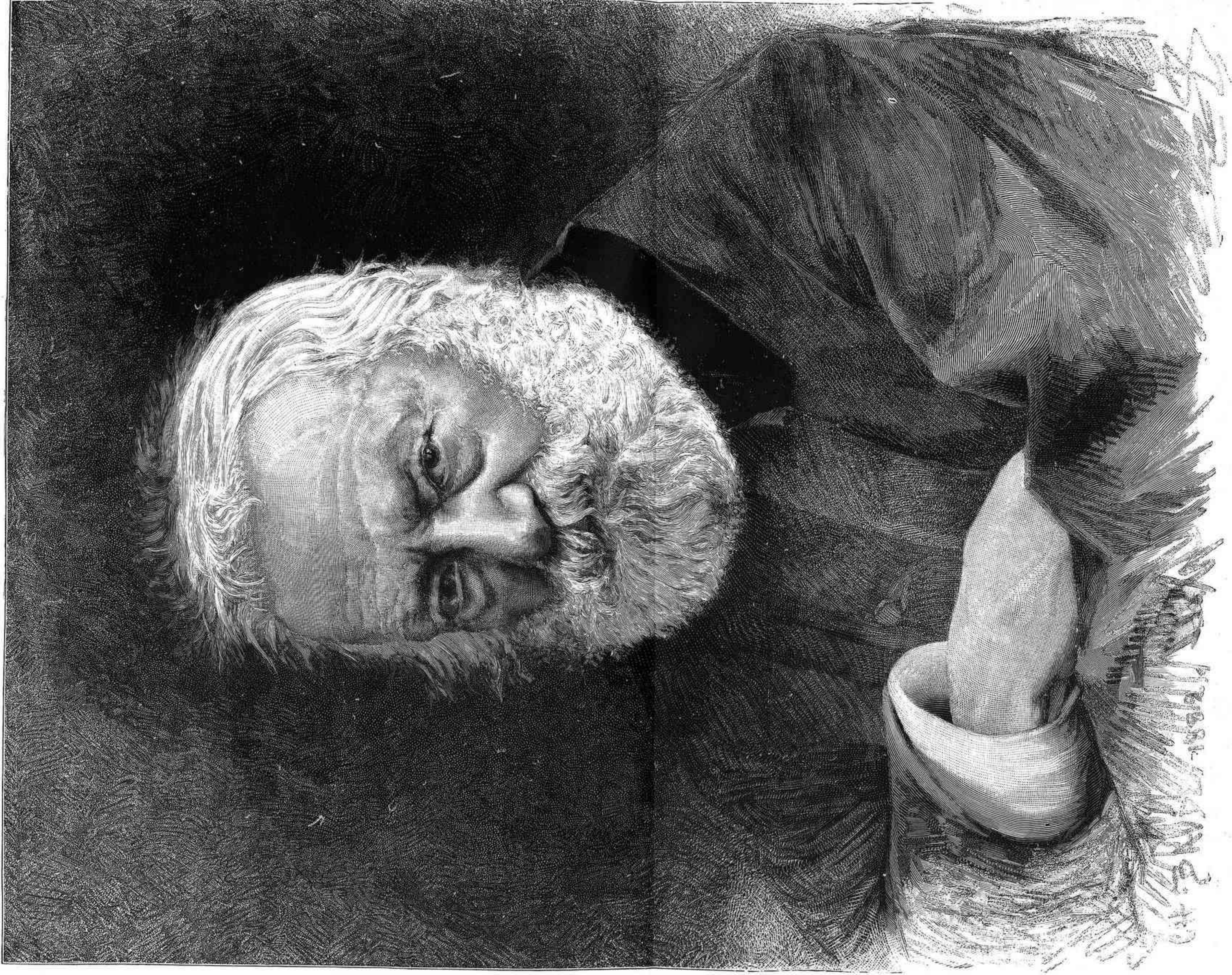
—No, yo no los odio. Jacob me decia que Jesus Nazareno, cuya doctrina tengo grabada en el corazón, aconsejaba que *perdonásemos á nuestros deudores*, y yo los perdono de buena voluntad. ¡Bastante castigo tendrán los desdichados, con las acusaciones de su conciencia en



ROPAVEJERAS JUDÍAS, cuadro por Ernestina Friedrichsen



ALBUM ARTISTICO



VICTOR HUGO





SEDUCCION, cuadro por L. Casanova



esta vida, y las penas que el Salvador les tenga reservadas en la otra!

—¿Y los conocerías de buena gana?

—Tampoco. Sería para mí un trance amargo y bochornoso. Vivan ellos olvidados de su hija, que ésta es feliz al lado de la persona que cifra en ella toda su alegría.

—Tienes razón, hermosa niña,—concluyó con visible desaliento el israelita.—¿Quién tal hizo, que tal pague!

—Tomad, pues, la limosna y partid de aquí,—dijo Terencia á Abigail, que conraida toda, ni hablaba, ni lloraba, ni parecía más que una estatua.

Ambos cayeron de rodillas para recibir la dádiva, y tomando cada cual una mano á la jóven, estamparon al par un beso en ellas, yerto el de Abigail, como debe ser el beso de la muerte, y ardiente el de Sadoc, como la lava de un volcan.

Un detalle fijó la atención de la bella patricia, al extender su descarnada mano la mendiga para recoger la limosna. Era un lunar de bastante magnitud que dejó ver en la parte inferior del carpo.

Terencia entonces alzó la mirada al rostro de la socorrida; mas la luz mortecina de la linterna, y los enmarañados cabellos que caían sobre él, la impidieron apreciar, como hubiera deseado, sus facciones.

### VIII

El pueblo se apiña en la plaza pública de Ródio, villa sita entre Pombal y Condeixa, en el vecino reino de Portugal, de la que hoy no quedan más que diseminados cimientos.

Los ojos del concurso, agrandados por la curiosidad, se fijan en un forastero que con extraordinaria elocuencia le ha explicado, durante dos días, una doctrina enteramente nueva, y que en el instante en que lo sorprendemos, da sus últimas pinceladas verbales al cuadro de la muerte de Juan el Bautista, otorgado á una desenvuelta niña, en premio de una danza más ó menos impúdica y excitante.

Su figura severa y majestuosa descuella sobre la muchedumbre, como el cedro sobre los juncos que crecen á su sombra. En su acento hay algo de divino que electriza, y en su frase, correcta y elegante, tanta lógica como ardimiento.

Aquel orador no es otro que Jacob, el pescador del lago Tiberiade, llamado Santiago andando el tiempo, quien dispone á su antojo del corazón del concurso.

Al terminar su oración aquel día, dirige maquinalmente su penetrante mirada hácia una de las salidas del pueblo, que distinguía perfectamente desde su improvisado púlpito, y retratándose en su semblante repentina admiración, llévase las manos á la cabeza.

—¡Dios mío!—exclama.—¿No es ilusión de mis sentidos?... ¡No! ¡ellos son!... Herodes y Herodías; el protervo juez del santo Juan y su vengativa acusadora. ¡Vedlos allí, hermanos míos! Ellos son, ellos son los que allí vienen.

Volviéronse los oyentes hácia el lugar señalado por el Apóstol, y al divisar á los hebreos, ardiendo en saña contra ellos, por la muerte que mandaron dar al Bautista, cuya historia había herido vivamente su imaginación, la emprendieron á pedradas contra los proscritos.

Porque creemos inútil apuntar, que bajo los pseudónimos de Sadoc y Abigail, se ocultaban los desheredados terrarcas de Galilea.

### IX

A los dos días, una litera, escoltada por un manipulo de *spatarios*, se detenía junto á la aldea.

El *manipular*, ó jefe de la escolta, entró en el pueblito y tornó en breve, acompañado de un aldeano.

Aquel primero y éste despues, hablaron cortas palabras con alguién que en la cerrada litera caminaba.

Oyóse un gemido en su interior, y abriéndose la portezuela, bajaron dos mujeres.

Eran Terencia y su aya.

Aquella, comprimiendo mal sus sollozos, derramaba raudales de lágrimas.

Asaltada de una sospecha tenaz, sugerida por el lunar que había sorprendido en la encarcelada, igual á otro que ella tenía en idéntico sitio, había preguntado á Basemath, qué podía haber de comun entre ella y la mendiga, y de pregunta en pregunta, consiguió arrancarle la revelación, de que aquellos dos seres errantes, miserables y escarnecidos, eran sus progenitores.

Llevada entonces de un impulso natural del corazón, á pesar de su manifestada indiferencia, salió en su busca, con permiso del Legado, á ver si los encontraba, y con seguía hacer ménos amargo el ocaso de su vida.

Hallólos, sí, pero ya tarde.

Puestos en marcha, no habían andado cien pasos, cuando una bandada de buitres, con pesado aleteo, se remontó por los espacios.

Aquellos avechuchos satisfacían su voracidad en los insepultos cuerpos de los principes.

—Ahí están,—dijo el aldeano á Terencia.

Esta avanzó hasta los destrozados restos de sus padres, junto á los cuales se arrodilló, y deshecha en lágrimas, pidió á Dios misericordia para tan grandes pecadores.

Algunos legionarios, mientras ella oraba, de órden suya cavaban una fosa.

Abierta esta, Terencia se despojó de su flotante velo, y ayudada de Basemath, envolvió en él, con piedad cristiana, aquellos huesos descarnados y hediondos; depositó en ellos un beso, beso mortuorio, pero que sintetizaba

toda una vida de cariño, no expresado hasta entonces por primera y última vez, y los colocó en la huesa, que pronto se cubrió de tierra y allanó el rústico rastrillo.

Si los genios protectores de las tumbas guardan relación con las memorias que sus moradores dejaron sobre la tierra, ¡qué negros y sombríos deben ser los que giren por las noches en torno del sepulcro de los padres de Terencia!

Cáceres.

PUBLICO HURTADO

### LA FERIA DE SEVILLA

Me ha tocado tantas veces ver y describir *La FERIA de Sevilla*, que no sé si encontraré forma para decir algo nuevo á mis lectores.

La he reseñado en verso y en prosa, en libros y en periódicos, en estilo llano y ampuloso, en octosílabos y en alejandrinos; he tenido la inmerecida honra de alcanzar la copa de plata ofrecida á este tema por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, ántes de pertenecer á este ilustrado Cuerpo,—honra para mí más inmerecida todavía,—y el placer de ver bailar en las casillas del Prado de San Sebastian á las damas de la *highlife* y á las flamencas de pura sangre.

Ello ha de ser también esta vez, y deben perdonarme mis lectores. Prometo firmemente la enmienda y no volveré á pecar hasta que otro de mis editores se empeñe.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA no quiere dejar pasar sin memoria este acontecimiento que es, como si dijéramos, el terroncillo de azúcar de Andalucía, y bueno es que se sepa que en los serenos y templados días de abril, el mundo entero tiene los ojos ó el pensamiento en las márgenes del Betis.

Desde el inglés al ruso, desde el marroquí al norteamericano, se apresuran á preparar sus arreos de turistas y á visitar la tercera capital de España. En ella *hiervén* en esa época los curiosos de todos los países; por eso dije yo una de tantas veces, en romance:

«Rios que afluyen al mar  
parecen las líneas férreas  
que en rápidas avenidas  
olas de viajeros dejan;  
van y vienen los vehiculos,  
crujen látigos y ruedas,  
y calles, plazas y hoteles  
la antigua Babel recuerdan.

Un pandemonium fantástico,  
una miscelánea inmensa  
forman los extraños grupos  
que se acosan y se estrechan;  
el oxígeno se acaba,  
la atmósfera se condensa  
y el suelo desaparece  
bajo plantas extranjeras.

Aquí un inglés cachazudo,  
de patilla rubia y luenga,  
da el diestro brazo á su esposa  
y el siniestro á su maleta;  
allí, una famosa austriaca,  
larga como una promesa,  
manda un convoy de tres párvulos,  
dos falderos y una negra.

En este lado, de capas,  
vara clásica y chaqueta,  
adelantan tres alcaldes  
que recatan las monteras.  
Más lejos, sobre la cúspide  
de una enorme diligencia  
un mundo de saltimbanquis  
trae los bártulos á cuestas.

De una y otra parte acuden  
banqueros, hombres de letras,  
cómicos, entretenidas,  
gitanos, canastilleras,  
celebridades artísticas,  
donceles y damas bellas;  
que la FERIA de Sevilla  
goza de fama europea  
y no ha visto maravilla  
el que no ha visto la FERIA!»

Y así es la verdad, que maravilla ver reunidos en un solo punto, tan distintos tipos, razas y personalidades.

Las antiguas ferias de que nos hablan los historiadores arábigos, aquellas en que el Asia ostentaba sus ricas telas, sus piedras preciosas y sus perfumes; Ocaz, con sus juegos y sus certámenes, donde reinaba la paz y la alegría de tal manera, que acababan los odios de las tribus enemigas, que se reunían los poetas é improvisadores para disputarse el honor de que sus versos se bordaran en los paños que se habían de suspender de la Kaaba; las ferias itálicas, dedicadas á Feronia, diosa de las flores, ferias que llevaban al santuario de la buena diosa á los amantes y á las amadas, á los opulentos patricios y á las libres matronas de la Ciudad de Rómulo, no tuvieron jamás los encantos de la FERIA Andaluza por excelencia, de la FERIA de Sevilla, cuya nombradía ha logrado salvar las montañas y los mares.

Sevilla tiene para los turistas inexplicables encantos. Su Torre del Oro, su Giralda, su Catedral, su Alcázar mu dejar, sus barrios clásicos y sus recuerdos orientales; la fama de sus jardines y de sus mujeres, ponderadas en cantos y relatos más ó ménos fieles é hiperbólicos, han contribuido poderosamente á dar cita en su recinto, durante la feria de abril, á un mundo de forasteros.

Esto, que de puro sabido va pasando ya á proverbio, pica el amor propio de los sevillanos y les hace extremar

su condicion de espléndidos y aparatosos, hasta un punto que parece cuento.

De la misma manera que suelen gastarse sumas enormes en mantos, paliós y doseles para sus imágenes favoritas, durante la Semana Santa, gástanlas en preparar sus trenes y galas de FERIA y realizan su natural gracia y donosura las hermosas, abandonando por tres días las modas extranjeras para arrojarse en brazos de las de la tierra de *Maria Santísima*.

En FERIA, podeis ver á la sevillana de la *high-life* en el apogeo de su gloria mundanal, usando el *airoso* traje de medio paso adornado de boleros ó de enrejados, la chaquetilla con hombreras y la mantilla blanca ó el picaresco sombrero de queso. Sus piés diminutos, calzados de un modo admirable, causan la desesperación de los yankees y de las inglesas puras que suelen tenerlos semejantes á los de Carlo-Magno; el aire especial con que llevan el abanico ó mueven la cabeza prolongada á veces por la alta peineta de concha, hace suspirar á las hijas de los broclavares que tanto se precian de la agilidad y de la gracia.

Si la clase elevada rinde tributo á los días clásicos en Sevilla, la de más baja estofa no le va en zaga, en punto á lujo y salero. La hija de Triana ó de San Bernardo, envuelta en manton de Manila bordado, luciendo su amplia y limpia falda de percal, que cruje á fuerza de estar almidonada, llevando al cuello su pañolillo de seda de colores, se pasea del brazo de su *barbican*, por el Real de la feria, ó se reclina en el break, enseñando la media blanca como el ampo de la nieve cuando pisa el estribo á la puerta de la Plaza de Toros.

En la buñolería, *la flamenca castiza*, con los brazos desnudos y el traje recogido de un modo que solo puede describir el pincel ó el lápiz, vaga de acá para allá delante de su tienda de campaña adornada de cintas, faralás y banderolas, y se abalanza al transeunte con gracia suma diciéndole:

—¡Saleroso, buñuelos calientes!

El barrio de San Sebastian, donde se celebra la FERIA, es un llano pintoresco desde el cual se divisan la esbelta Giralda, los pináculos de las azoteas de la Catedral, los jardines del alcázar de D. Pedro, el ciclópeo edificio destinado á fábrica de tabacos, rodeado de fosos como un castillo de la Edad media y el nunca bien ponderado barrio de San Bernardo, cuna de tantas notabilidades en el arte de Pepe-Hillo y Costillares.

En este llano, embellecido por calles de árboles, se colocan en filas armónicas preciosas casillas, con techos de tijera, formadas de lienzo y tablas y separadas unas de otras sólo por una pared transparente; estos nidos amueblados y decorados con exquisito gusto, son la residencia de las familias, que trasladan allí su mesa y su estrado durante setenta y dos horas todos los años.

Por las noches, cuando el gas se enciende, brillan las flores sobre las mesas de mármol, las lunas de los espejos reflejan los rostros graciosos de las jóvenes, que charlan con sus novios á la puerta de la casilla ó forman grupos pictóricos y escultóricos en los ángulos de la improvisada gruta de amores; cada nido de lona guarda en su seno un mundo de armonías, parece que hay en todos ellos colonias de aves diversas que cantan al mismo tiempo.

El piano, la guitarra, las castañuelas, á veces el pandero y los platillos, resuenan acá y allá; mézclanse los cantos *finos* con los *flamencos*, y en dos tiendas, que sólo se hallan lienzo por enmedio, rindese culto á la vez—con gran contentamiento de los ingleses, que se quedan á la puerta convertidos en estatuas,—al alemán Wagner, que ha muerto demasiado pronto, y al flamenco Silverio, que todavía hace gorgoritos y quiebra primas, en su Café Cantante de la calle del Rosario en Sevilla.

El espectáculo que se ofrece á los ojos del curioso en una de estas noches en las casillas del Prado, es tan profundamente poético que solo puede borrararse en renglones cortos:

Bandadas de golondrinas  
que anidan en la floresta  
las jóvenes andaluzas  
son las noches de la feria.  
Bajo azules pabellones  
cantan y revolotean;  
sus párpados sonrosados  
se entornan, mas no se cierran.

Libros de caballerías  
son los bailes para ellas,  
las noches de claro en claro  
suelen pasar dando vueltas.

Por eso un nuevo Gauthier  
anotará en su cartera:  
«Las españolas no duermen  
aun cuando sueñan despiertas.»

De ver es, cuando agrupadas  
bajo el techo de tijera  
de esos elegantes nidos  
llenos de luces y esencias,  
mueven, al són del piano,  
los brazos y las caderas  
en la danza que á Lord Byron  
trastornaba la cabeza.

De ver es, cuando la falda  
provocativa y ligera  
descubre sus piés menudos  
como ramos de violetas;  
y cuando al compás del crótalo  
y la guitarra parlera,  
como girándolas pasan  
casi sin tocar la tierra.

Vano intento es comparar,—decía yo, también en romance,—las veladas griegas animadas por el pámpano, y alumbradas por las teas que sirvieron á Cérés para buscar á la andariega Proserpina, con estas veladas andaluzas en las que palpita el espíritu oriental en grato consorcio con el del Occidente.

Los corrillos de jóvenes traen á la memoria, no ya las reuniones de los griegos en Chipre durante las Adonias, sino las noches gratas que pasaba el árabe en la huerta de Ruzafa, rodeado de cantarines y escanciadoras, improvisando versos, apurando copas de oloroso vino, y dejando asomar la aurora que los sorprendía soñando bajo los naranjales.

La animación de las casillas del Prado se exterioriza durante el día. Por la calle central, cruzan los lujosos vehículos de todo género: la canastilla y la diabla, el familiar y el break, el landeau y la carretela. Alguna que otra vez, y ya con el carácter de anacronismo, deslízase la antigua calesa de alto copete con su fondo claveteado y su trasera adornada de flores pintarrajadas: los corceles de todas las razas, de media sangre y de *sangre entera*, ora cubiertos con el elegante galápago, ora soportando la pesada silla vaquera, pasean de una á otra parte; dando á la perspectiva movilidad y pictóricos detalles, las jóvenes andaluzas que cabalgan con mejor apostura que la reina Católica y hacen caracolear sus corceles, dóciles á tan dulces dueños.

Unese á este espectáculo, el abigarrado conjunto de los circos, teatros mecánicos, galerías de figuras de cera, tiendas de juguetes, aguaduchos, exposiciones de focas y serpientes boas, fenómenos vivos y muertos y desvergonzados polichinelas. Los tambores, los trombones, las cornetas, las gaitas, los címbalos, los bombos y platillos resonando á la vez en la opuesta parte, forman un concertado desconcierto difícil de explicar; los caballos de madera que giran, las figuras de movimiento que gesticulan y voltean, los clowns que saltan, los bailarines, que muestran sus mallas color de rosa sobre los aéreos andamios, acaban de dar carácter al gran cuadro, en cuyas lontananzas se ven pulular los ganados destinados á la venta; principal objeto de estas solemnidades en España.

Aquí vendría de molde recordar que la mayor parte de los paseantes emigran del mercado al sonar la hora de la corrida, y marchan aceleradamente hácia nuestro Circo taurino; pero como esto me llevaría de la mano á la descripción completa de nuestra fiesta nacional, cosa por demás larga y penosa, prefiero recurrir á mis versos para dar una leve idea de la corrida, en sus asomos.

La colosal gradería  
de espectadores se cubre  
y la creciente algazara  
llega á perderse en las nubes.  
Como suelen las espigas,  
si hay viento que las impulse,  
mover sus rubias cabezas  
que el sol abrasa y destruye,  
en círculos ordenados  
se mueve la muchedumbre  
esperando entusiasmada  
que el són del clarín retumbe.  
Trajes de brocado y seda  
la airosa cuadrilla luce  
y vistosos capotillos  
rojos, gualdrados y azules.  
Suena la aguda señal,  
el circo en bravos prorrumpe  
y da comienzo la lidia  
según antigua costumbre.

Aquí puede colocar el lector benévolo una de esas revistas tauromáquicas que andan impresas por los periódicos de la *facultad* y que vendrá en este sitio como de perlas. Las corridas de toros se parecen todas, con tal de que los espadas sean de cartel y los bichos de buena casta: *Sentimientos*, *Camama* y otros críticos pueden llenar este vacío que de propósito les dejo. Si el lector prefiere, por el contrario, traer á la memoria los detalles de alguna de estas fiestas que pudo ver en nuestro Circo, en una templada tarde de abril en la que doraba el sol la Giralda que domina la Plaza, brillaban los ojos de las espectadoras tras sus abanicos y bajo sus blancas mantillas, y voceaban los aficionados al ver á Lagartijo y á Frascuelo buscando los rubios á los cornúpetos, allá se las haya. Yo lavo mis manos como Pilatos y cumplo mi cometido reanudando en este punto el romance:

Cuando el sol desde el ocaso  
lanza sus postreras luces  
y el giraldillo acaricia  
con sus doradas vislumbres,  
las hermosas rebozadas  
en sus tocas y en sus tules  
y los mancebos montando  
sus corceles andaluces,  
pagado el justo tributo  
á Costillares y á Cúchares,  
dejan en tropel el Circo  
y de nuevo se confunden  
con las animadas olas  
que en el mar del Prado afluyen.  
Allí es fuerza que la zambra  
hasta el día se reanude,  
que la guitarra se queje  
y que las cañas circulen,  
que á la luz de las bujías  
entre espejos y perfumes  
por alfombradas pendientes  
las jóvenes se aventuren.

Eterno hervir vividor  
ni cesa ni se interrumpe,  
cada tabla es un triclinio  
y cada mujer un númen.  
Cerca del alegre rancho  
donde resuena el adufe  
la caseta aristocrática  
cercada de flores surge,  
junto al guardapié flamenco  
la falda francesa cruje;  
y turba una petenera  
la serenata de Schubert.  
Por romanesco derecho  
que no habrá quien le dispute  
Sevilla en un mismo foco  
sus tradiciones reúne.  
De este gigantesco lienzo  
son mis mezuquinos apuntes,  
¡dadme paleta y pinceles  
que las plumas son inútiles!

Sevilla 1883

BENITO MAS Y PRAT

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Por tercera vez desde 1823 se ha levantado la tierra al pié de un cerro cerca de Rimini en Italia. Esta vez ha avanzado la pendiente por la nueva prolongación 80 metros en una extensión de 280, en cuya superficie todo está revuelto y trastornado; de la magnífica vegetación que la cubría cuando formaba parte del valle, sólo han quedado derechos algunos olmos y castaños, pero morirán, porque sus robustas y dilatadas raíces han de estar forzosamente tronchadas. Estos levantamientos singulares no se han podido explicar todavía, siendo lo más curioso que se han verificado siempre instantáneamente, cual si fuese por efecto de la dinamita.

\* \*

Dice el *Globo* de Londres que lord Derby no sancionará la anexión de Nueva Guinea; pero que ha consentido en autorizar el establecimiento de dos ó tres estaciones inglesas á lo largo de la costa; lo que, en otros términos, equivale á decir que entre las tres alternativas que se le ofrecían, el ministerio ha escogido la que por el momento salva hasta cierto punto las apariencias, por más que sea para lo futuro abundante semillero de complicaciones y disgustos.

\* \*

El río Irauddy tiene, en su curso por la Cochinchina, una de las mejores cascadas del mundo. La anchura de esta cascada no baja de 750 metros y su altura de 500. En la cúspide de la misma hay una rica pagoda que parece surgir de un lago hirviente y que vendrá á tener unos 50 metros de elevación. El estruendo que semejante caudal de agua produce al despeñarse, se oye á más de una legua de distancia, y cuantos á la catarata se acercan quedan ensordecidos como si oyeran un estampido incesante de formidables truenos: cuando al dar la vuelta á un recodo del río se halla uno delante de tan majestuosa cascada, se sienten los oídos tan atronados como cuando se oyen continuas descargas de muchas baterías de cañones durante una batalla.

NOTICIAS VARIAS

Según dice el *Daily News*, se han contratado 20,000 chinos para trabajar en los cafetales del Brasil, mediante un jornal que no llega á dos pesetas, sin la manutención. El pasaje entre China y Rio Janeiro cuesta 50 pesetas. El gobierno brasileño se propone contratar con estas condiciones de 400 á 500,000 chinos.

\* \*

ANUNCIOS.—Con justo motivo se dice que los americanos son anunciadores por excelencia. Uno de los últimos números del *New York Herald* contenía *ciento treinta y dos columnas*, largas y de letra muy menuda, llenas de nuevos anuncios.

REJAS ESPAÑOLAS

No tema el lector, al ver este epígrafe, que las siguientes líneas aludan á esos diálogos entre los amantes, característicos de nuestro país y en los cuales «pelan la pava», como se dice. Tienen otro objeto, á saber, no el uso que de las rejas se hace por aquellos, sino las rejas mismas, cosa no menos propia y peculiar de España.

Este punto requiere alguna explicación. Las rejas, como medio de aislar y custodiar cosas ó personas, es evidente que no son privativas de nuestro país: casi en todas partes hay, por ejemplo, conventos y cárceles; y estos lugares se hallan frecuentísimamente provistos de aquel medio de defensa, que la permite bien segura, sin cerrar por ello paso al aire, á la luz, á la vista y á la comunicación entre el interior y el exterior: aquí, pues, no está nuestra originalidad. Pero, debido á condiciones, preocupaciones y hábitos que, de ser exactos, nos favorecerían poco, ó bien á otras causas más complejas, que los arqueólogos deben poner en claro, es lo cierto que en ningún otro país ha tomado este elemento el desarrollo que en España, hasta alcanzar en ocasiones la importancia de verdaderas creaciones artísticas. Esto se refiere tan sólo á las rejas de

hierro y aun de otros metales; ya que las de madera, ora en forma de verja, ora de celosía, valla, etc., es por el contrario en los pueblos orientales, v. g. entre los árabes y los japoneses, donde han recibido mayor perfeccionamiento.

Como era natural en tiempos en que las iglesias constituían los principales monumentos y condensaban las más selectas obras de la fantasía, en ellas es donde se ofrecen, ante todo, los primores de un arte contra el cual en vano intentan competir los continuos progresos del de la fundición en nuestros días.

Así como la costumbre, adoptada en nuestras catedrales hácia el siglo xv, de traer el coro desde el ábside al cuerpo de la iglesia, frente al presbiterio (tal vez por el inmenso número de capitulares—en el coro de Toledo hay unas 140 sillas), ha dado á aquel departamento y á su mobiliario unas proporciones y un lujo característicos de nuestro país, así también esa misma costumbre es probablemente, si no la causa única del desarrollo de la rejería en nuestros templos, al menos de las que más han influido. Se comprende que, al dividir en dos el lugar destinado al clero (volviendo en parte á la antigua disposición de las basílicas cristianas), separando al coro del celebrante, dejando á este, con los ministros que le acompañan y sirven, en el altar mayor y llevando á los demás al otro lado del crucero, para darles cómoda colocación, se tomase el partido de situarlo en dos cuerpos, disposición que permite á todos los clérigos presenciar los divinos oficios: de aquí que el muro de cerramiento, que dividía al coro del resto de la iglesia, en vez de ser un mero pretil ó plúteo, como el que puede verse, por ejemplo, todavía en las basílicas de San Clemente ó de Santa María *in cosmedin*, de Roma, tuvo que elevarse, naciendo de esta necesidad el amplio desarrollo de este departamento.

Pues cosa análoga habrá tal vez acontecido con las rejas. Las capillas todas comenzaron á cerrarse de este modo; cerróse también en igual forma la Mayor, á veces hasta por tres de sus frentes, dejando ver de este modo el altar desde más puntos y conservando sólo el muro de piedra en el frente, tras del retablo; á su imitación, se levantó la reja del coro, considerado como una especie de capilla; y entre éste y aquél, partes, por decirlo así, de un mismo todo—el presbiterio, en su antiguo sentido—fué menester conservar expedita la comunicación, problema difícil en las fiestas solemnes, puesto que los fieles apenas disponían de más espacio que el crucero para asistir á las ceremonias. Por esto se establecía entre ambos lugares un paso, defendido por una balastrada de los embates de la muchedumbre, más ó menos piadosa.

Así, la Capilla principal y el coro quedaron reunidos y aislados del resto de la iglesia generalmente por tres rejas, la última de las cuales, destinada sólo á contener la multitud, ha solido conservarse siempre baja, para no entorpecer la vista del altar mayor, sin alcanzar el desarrollo é importancia de las otras, verdaderas rejas de capilla. No deja de haber, sin embargo, excepciones de esta regla: sirva de muestra el crucero de la catedral de Burgos.

Son en nuestros templos las rejas de interés singularísimo. A pesar de la perfección con que el hierro y en general los metales se han labrado en otros países, por ejemplo en Alemania, ninguno hay que pueda competir con nosotros en esta materia. En Italia, donde el arte de la ferretería puede presentar nombres como el de Cellini, tal vez no hay más reja al modo de las españolas, aunque de mucho menor importancia, que la del pequeño oratorio del palacio del Podestà en Siena. Los cerramientos de sus capillas, ó son simples pretilles, aunque tan soberbios como el de la Catedral de Florencia, ó verdaderas construcciones arquitectónicas, como el maravilloso de San Marcos, cuyo sistema recuerdan nuestros trascoros y más aún el hermoso cancel del lado Sur, ó sea de la Epístola, en el presbiterio de Toledo.

No deja de dar cierta fuerza á la hipótesis antes sentada la circunstancia de que las rejas de algún interés que poseemos no son anteriores á los comienzos de nuestra arquitectura ojival, en la transición de la románica, esto es, á los primeros años del siglo xiiii. A este tiempo corresponden la de la capilla del Sagrario de Palencia; la del altar lateral del Sur de San Vicente de Avila y la de la ventanita central de la cripta del mismo templo; la del ábside de la Catedral vieja de Salamanca y la del de San Isidoro, de Leon; la de la iglesia del Mercado en esta última ciudad; la del claustro de Pamplona, que tal vez aventaja á todas y preludia ya la forma siguiente, etc. Todas ellas constan de cintas arrolladas y combinadas con barras prismáticas, muy aplastadas, casi siempre, para formar un motivo de decoración convencional de hojas y flores, completamente análogo á los de las antiguas filigranas bizantinas y árabes y que se repite indefinidamente; las más veces este motivo figura una especie de flor de lis.

Sucedéñles las de la época puramente gótica, las cuales procuran ya formar una decoración arquitectónica, compuesta, por lo comun, de un zócalo, el cuerpo de la reja y el coronamiento, reducido á grupos de hojas ó flores, recortadas y áun repujadas, colocadas en las claves de una arquería calada, ó sobre una sencilla cornisa. El zócalo falta con frecuencia en este tiempo todavía; v. g. en las rejas del claustro de la Catedral de Barcelona. Los barrotes verticales que constituyen el cuerpo, son, ora cilíndricos, ora prismáticos, ora de forma de balaustre; ya rectos, ya retorcidos; en ocasiones, solos, y combinados en otras con piezas curvas que se interponen entre ellos. Estos hierros terminan muchas veces en la parte inferior figurando basas de planta poligonal y están enlazados por

traviesas horizontales que los sostienen y que van poco á poco convirtiéndose en fajas adornadas. En el centro, se abre la puerta de una ó dos hojas, fortalecida á los lados por pilares más gruesos al modo de contrafuertes y que suelen rematar en pináculos; sobre esta puerta se acostumbra poner los escudos. Los cerrojos, fallebas y llaves tienen también mucho interés. En ocasiones, la reja se combina con una construcción de piedra, verdadera fachada que le sirve de marco, como puede verse en el ya citado presbiterio de Toledo. La mejor quizá de España es la del de Pamplona: la del coro tal vez era análoga, hasta que le sobrepusieron la crestería que hoy tiene, del Renacimiento. Entre las más puras de este tipo deben incluirse la del atrio del N. (puerta del Reloj) de nuestra iglesia primada y aún algunas otras, más modestas, de las que cierran sus capillas.

Pero donde se despliegan una suntuosidad y riqueza que maravilla hasta el asombro, es en las grandes rejas de los siglos xv y xvi. Pertenecen, como desde luego se comprende, al estilo plateresco, dominando en unas el ojival y el del Renacimiento en otras. Los nombres de los maestros Morey (el más antiguo de que se hace mérito—1389), Pablo, Juan Francés, Andino, Bartolomé, Villalpando, Vergara, Céspedes y otros incluidos en la interesante noticia del Sr. Riaño (1), van unidos á obras verdaderamente monumentales, como las grandiosas rejas de Toledo, Sevilla, Granada, Salamanca, Burgos, Pamplona, Zaragoza, Alcalá de Henares, Palencia, Cuenca y otras muchas; pues en rigor puede asegurarse que por milagro se encontrará iglesia ó capilla de este tiempo, por modesta que sea, que no presente una reja bastante importante para que valga la pena de visitarla. Recuérdese, por ejemplo, la del convento de San Juan de la Penitencia, en Toledo.

Estas rejas del xv y xvi tienen muy otra complicación que las anteriores. Al trabajo de forja y martillo, se juntan ahora el repujado y aún el cincelado; bustos, flameros, medallones, bichas, cariátides, estatuas de cuerpo entero y hasta grandes composiciones con muchas figuras, por lo común en relieve, se combinan con las grecas, flores y hojas; espléndidos coronamientos las terminan; y el oro, la plata y los colores contribuyen á producir el más pintoresco conjunto que puede imaginarse. Las rejas del presbiterio y el coro de la catedral de Toledo, obra, respectivamente, de Villalpando y de Céspedes; las de Sevilla, debidas á Muñoz y á Salamanca; las de las famosas capillas: del Condestable, en Burgos (Andino), Real de Granada (el maestro Bartolomé), Dorada, ó de Palenzuela, en Salamanca (?); las de la Magistral de Alcalá (Juan Francés); de la Catedral de Palencia (Andino y Rodríguez), todas de la primera mitad del xvi, son los más importantes ejemplares de esta época. No debe olvidarse

(1) *The industrial arts in Spain*, 1879; p. 67.



UNA ADQUISICION COSTOSA, cuadro por W. J. Martens

la de San Juan de los Reyes, en Toledo, hoy colocada en el oratorio del palacio de Vista-Alegre, propiedad del Marqués de Salamanca. En Madrid, pueden verse dos de esta clase, aunque de escaso valor: una, la de la iglesia de Santo Domingo, ahora en el Museo Arqueológico; otra, más pobre aún, en la iglesia de San Pedro.—Entre todas descuella quizá, no sólo por su riqueza, en que rivaliza con las de Toledo, sino por la maestría de su composición y la elegancia de sus formas, la reja de la capilla Real de Granada, coronada sobre la crestería, como la mayor parte de las de este tiempo, por un Crucifijo, con la Virgen y San Juan á sus lados; parece haberse hecho entre los años 1520 á 1530.

Si de estas verjas venimos á otras, de menores proporciones, como son las que rodean á algunos sepulcros, los dos cerramientos más interesantes quizá en este género son el del enterramiento del Arzobispo Anaya en la capilla fundada por él en el claustro de la Catedral vieja de Salamanca, y la que Vergara puso alrededor del del Cardenal Cisneros en Alcalá (hoy en el crucero de la Magistral). La primera es plateresca, aunque dominando en ella el elemento gótico, y nada puede dar idea de su extraordinaria riqueza; hojas y flores menudamente picadas; ángeles, centauros y otras figuras, que acusan ya el Renaci-

miento, se complican, tal vez con exageración, hasta dificultar la vista del hermoso sepulcro flamenco del fundador que dentro de ella se guarda, por fortuna y gracias probablemente á la reja, en excelente estado de conservación. La otra, mucho más baja y sobria, es la perfecta antítesis de la de Salamanca (en cuya capilla de Talavera hay, por cierto, una semejante á esta de Alcalá, pero mucho más modesta). En rigor, puede decirse que no es obra de rejería, propiamente dicha, sino de bronce fundido y admirablemente cincelado en el más puro y correcto estilo del Renacimiento italiano, hasta constituir quizá uno de los mejores ejemplares de su clase en Europa, superando en mucho al sepulcro que custodia, atribuido, con ó sin fundamento (más bien *sin*), á Domenico Florentino, esto es, nada menos que al autor del importantísimo enterramiento del príncipe D. Juan en Santo Tomás de Avila.

En cuanto á rejas de ventanas en casas particulares, apremia el tiempo y quizá serán asunto de otro ligero estudio, análogo al presente. Pero es imposible dejar de recordar en medio del gran número de obras de esta clase, que todavía poseemos, las bellísimas de la Casa de las Conchas, en Salamanca, obra plateresca del xv, si es que no enteramente gótica, y en otro género, enteramente diverso, de puro Renacimiento, las de la Casa de Pilatos, en Sevilla. En Madrid y sus alrededores pueden verse algunas de este último tipo, aunque de poca importancia: v. g. las del Palacio del Pardo, del tiempo de Carlos V. Aun estas rejas de casas particulares son raras en el extranjero: en Bolonia y en un palacio de la vía San Mammolo, hay un balcon que re-

cuerda por cierto el de San Marcos de Leon, aunque debe ser anterior á este: el palacio, al ménos, le antecede más de un siglo.

Después de este tiempo, el arte de los rejeros decae rápidamente: las verjas del Escorial, de Burgos y de Avila bastan á dar de ello testimonio.

Para concluir, conviene observar que las verjas de las iglesias del Norte y Centro de España, suelen ser más bajas que las de los templos de Andalucía, las cuales tienen, por lo común, un cuerpo más de altura y coronamientos más esbeltos y proporcionados. Cualquiera que, por ejemplo, compare las rejas del presbiterio de las Catedrales de Toledo y de Sevilla, advertirá al punto la superior elegancia de la segunda y cierta pesadez en la primera. ¿Será debida esta diferencia, que se nota asimismo entre los escultores castellanos y los andaluces (v. g. Berruguete y Montañés), al diverso carácter del pueblo y medio á que unas y otras obras corresponden? ¿Representan un diverso modo de sentir y componer, un distinto ideal, que pudiera decirse? Si esta observación es exacta, y no una preocupación sin fundamento, que otros más entendidos decidan é investiguen las causas del fenómeno. *Ai posteri parduá sentença.*

F. GINER DE LOS RIOS

Nueva publicación: estamos preparando para publicarla en breve una edición económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré. Nueva propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON